

Periodismo Científico

Nº 46 Publicación bimestral de la Asociación Española de Periodismo Científico

Enero - Febrero de 2003

Opinión

Nº 46. Enero-Febrero de 2003

La divulgación y sus debates

JOSÉ MARIA RIOL CIMAS

La historia de la divulgación de la ciencia es la historia de múltiples debates. El primero se refiere a su propia utilidad: ¿tiene sentido la divulgación científica?, ¿vale la pena correr el riesgo de trivializar la ciencia, a cambio de la incierta posibilidad de que un grupo numeroso de personas pueda acceder a un conocimiento científico carente de profundidad? Y no faltan quienes argumentan que la propia complejidad de la ciencia hace inútiles los intentos de popularizarla; que ciencia y divulgación científica son dos conceptos antagónicos, pues sólo los especialistas están en condiciones de entender los progresos de las ciencias, y no de todas.

Actividad de tercer orden

Se podría proponer todavía otra discusión. En el caso de aquellos científicos que toman parte en el proceso de la divulgación científica, ¿tiene sentido participar en una tarea harto compleja a cambio de nada? No hay que olvidar que la divulgación no cuenta en los ámbitos académico e investigador y, por si faltara algo, incluso es rechazada, cuando no criticada abiertamente por una parte significativa de los científicos de las universidades y centros de investigación de nuestro país, que consideran la divulgación como una actividad intelectual de tercer orden.

Pero, al mismo tiempo que se producen estos debates —y muchos otros—, algunos de los cuales vienen de antiguo, tiene lugar la popularización del conocimiento científico, una actividad próxima a cumplir los 500 años, que surge como novedad esencial derivada de la Revolución Científica, proceso que da-

ría lugar a la ciencia moderna. Diversas instituciones y personas independientes se encargarían de la actividad divulgadora. Algunos textos científicos dejan de ser escritos en latín y comienzan a publicarse en la lengua propia de cada país, lo que, teóricamente, pone al alcance de los profanos tales saberes.

Pero no basta para divulgar la ciencia utilizar un idioma u otro. Hay que emplear un lenguaje específico que permita una fácil comprensión a quienes no están familiarizados con el lenguaje de la ciencia. Por otra parte, el utilitarismo aplicado a la ciencia moderna, defendido por Bacon, acercó los nuevos saberes a muchos miembros de la clase dirigente, que veían en la tecnología derivada de la nueva ciencia una posibilidad tangible de progreso y enriquecimiento. Se considera a Francis Bacon uno de los padres del método científico experimental y se le puede considerar también como un adelantado divulgador del conocimiento científico, ya que hizo suyas, hace casi cuatrocientos años, algunas de las razones esgrimidas todavía hoy para justificar la divulgación de la ciencia.

En 1759 se funda el Gresham College, por el filántropo inglés Sir Thomas Gresham, para fomentar la educación científica de los comerciantes y artesanos de Londres. No fue una institución dedicada expresamente a la divulgación de la ciencia, pero desempeñó un papel importante en el proceso de su popularización. Sería a lo largo del siglo XVII, con la creación de las primeras academias científicas, la Royal Society de Londres y la Académie Royale des Sciences de París, cuando, al menos en una primera etapa, se favoreció abiertamente la popularización de los conocimientos científicos desde tales instituciones. Y a partir de la llegada de Isaac Newton a la presidencia de la Royal So-

ciety, en 1703, se dejó de lado esta importante actividad. Newton, sin saberlo, estaba propiciando el primer movimiento realmente popular en pro de la divulgación científica, al favorecer la implantación de un nuevo oficio, el de conferenciante de filosofía natural o, trasladándolo a la terminología actual, la tarea de divulgador científico.

Divulgación masiva

La divulgación científica masiva se inició a partir de los años 20 del siglo XIX, con el movimiento conocido como "Ciencia Popular". Los habitantes de grandes ciudades, como Londres y París, asistían al nacimiento de libros y revistas dedicados a la divulgación científica. Entre 1820 y 1880 aparecen al menos, sólo en Londres, más de 60 publicaciones de esta naturaleza, muchas de ellas de larga vida. En cuanto a la prensa, y desde el siglo XVII, la ciencia se convierte en un tema habitual de sus contenidos. El primer periódico que publicó artículos científicos dirigidos al público parece haber sido la *Gazette de France*, fundado en 1631 por Teofrasto Renaudot.

Gracias a editores como Edward Newman en Londres y Louis Figuier en París, surgen a lo largo del siglo XIX numerosas publicaciones como *Penny Mechanic*, *Scientific Gazette*, *Magazine of Popular Science*, *Scientific Miscellany*, *Quarterly Journal of Science*, *Recreative Science*, *Scientific Opinion*, *Zoologist*, *L'Ami des Sciences*, *La Science Pour Tous*, *La Science Pittoresque*, *Revue Scientifique de la France et de L'Étranger*, *Science Populaire*, *La Science et L'Industrie*, *La Science Illustrée*, *L'Année scientifique et industrielle*, etc.

La Opinión de Tenerife

Periodismo Científico

Director: Manuel Calvo Hernando. **Comité editorial:** Alberto Miguel Arruti, Ignacio Bravo, Ignacio Fernández Bayo, Santiago Graiño y Manuel Toharia. **Redacción, Diseño y Maquetación:** Cuerpo

8 Servicios Periodísticos. Tel. 91.316.09.87. Fax: 91.316.07.28. C/Velagos, 10. 28035 Madrid. Email: servicios@cuerpo8.es. **Fotomecánica:** Tecnigraf. **Impresión:** Grupo Hicorsa.

Publicación bimestral de la Asociación Española de Periodismo Científico

Periodismo Científico puede editarse gracias al apoyo del CSIC y de El Corte Inglés.